

EN EL REINO DEL MESCAL

4º- 8º

En un país lleno de sol vivía antaño un muchachito con su padre, que era pescador. Su madre lo llamaba "Pelonegro", porque su pelo era más negro que la noche más oscura.

Pelonegro era un soñador y esto inquietaba a la madre.

En lugar de remendar las redes y recojer leña en el bosque, se tendía en la playa y contemplaba el cielo hora tras hora.

-*¿Qué habrá detrás de las estrellas? - pensaba - ¿Y dónde comienza el reino de los dioses y dónde termina?*

Perdido en sus meditaciones, se olvidaba de todo aquello que su madre le había encomendado. Y aún en las noches, tendido en su hamaca, sostenía diálogo con la luna y no se dormía antes que el disco de plata hubiera desaparecido detrás de los montes cubiertos de bosques.

Y así ocurría, que el sol hacía horas que alumbraba y Pelonegro aún dormía.

Cierto día, su madre, preocupada, fue a pedir consejo al viejo curandero. Este hizo venir a Pelonegro.

-*Ten paciencia", dijo el Hombre Sabio, -"conozco tus deseos y pueden ser cumplidos".*

Entonces salió de su choza y volvió con una hermosa calabaza bellamente decorada.

- *"He aquí, toma esta calabaza", le dijo, "pero cuida bien su contenido".*

-*¿Cuando la luna muestre su rostro lleno, márchate!"*

-*"Sigue a tu **corazón**, que éste te guiará".*

-*"Pero ten cuidado de que tu **cabeza** no diga -"Sígueme y no oigas a tu insensato **corazón**".*

"Porque entonces perderás tu camino y nadie podrá decirte si alguna vez regresarás".

-*"Tan pronto como tu **corazón** te diga "aquí es el lugar", detente y busca un sitio para descansar. Antes que se ponga el sol, toma la calabaza y bebe su contenido. Entonces encontrarás el camino al Reino del Mescal".*

Y cuando la luna enseñó su cara llena, Pelonegro tomó la calabaza de brillante colorido, como se le había dicho, se inclinó ante sus padres, que aun dormían, y se marchó.

Fue caminando por los maizales y pronto llegó ante un grueso muro verde.

Y hasta donde sus ojos alcanzaban crecían fila tras fila troncos de árboles, tan altos, que parecía que sus verdes cimas trataban de alcanzar y ver el mundo de los Dioses entronados arriba de las nubes.

Por entre los árboles trepaban malezas y gruesas lianas.

La luz brillaba entre el espeso ramaje de la selva y pintaba todo de un verde de siniestro misterio. En el suelo vio maravillosas flores, de una belleza que él nunca había visto.

De vez en cuando, algo crujía cerca de él, o en lo alto; en la oscuridad de la hojarasca, aullaban los monos.

-*¡Pelonegro!*" le advirtió su **cabeza**,

-*Vuélvete, Pelonegro, todavía es tiempo! ¡Vuélvete!"*

-*Recuerda lo que te has propuesto"*, le advirtió el **corazón**,

-*Sé firme, Pelonegro, nada te pasará si vas sin temor. No regreses, porque así nunca encontrarás el camino."*

-*S s s"*, le alertó su **corazón**.

-*¡Detente, Pelonegro!"*

Se detuvo y a tiro de piedra pasaba la enorme Estranguladora.

¡Corre!" gritó su **cabeza**.

-*¡Corre, tan rápido como puedas!"*

-*Quédate quieto"*. insistió el **corazón**,

-*No te hará daño. Si te alejas, te verá"*.

La gigantesca serpiente pasó deslizándose cerca de él y desapareció sin haberlo visto.

Habría caminado muchas horas cuando delante de él vio un peñasco, luego otro, luego un tercero y después tantos que ya no los pudo contar.

Se aclaraba, el bosque se hizo menos denso, y ante él se alzaba una enorme figura de piedra.

"Aquí debe haber habido un templo", pensó Pelonegro.

-*Si,"* susurró la **cabeza**, tan suavemente, como si otros estuviesen presentes que no deberían oírlo.

-*¿Te acuerdas de lo que contaba tu madre? Muchos han venido, pero nunca regresaron. En las noches, las piedras cobran vida, y tu valiente corazón permanece casi inmóvil. Te lo digo, Pelonegro, ¡Regresa, vuelve, antes de que sea demasiado tarde!"*

"Pelonegro", lo tranquilizaba su **corazón**, *"¿Por qué hay temor en ti? Aquí es el lugar."*

Luego se acostó sobre las lisas piedras, se estiró y se quedó dormido. Pero su **corazón** vigilaba y a pronto comenzó a palpitar, a golpear y saltar en su pecho, hasta que Pelonegro despertó.

- *¿Qué tienes, corazón?"* - *¡Toma la calabaza! ¡Ha llegado la hora!"* advirtió el **corazón**.

Pelonegro la llevó a sus labios y bebió hasta la última gota del agua amarga.

"¡Ahora morirás!" exclamó la decepcionada **cabeza**.

- "¡Eres valiente!" se regocijó el **corazón**.

Oscurecía más y más. En la lejanía rugió y un jaguar y grandes monos aulladores saltaban chillando de rama en rama. Daba miedo.

De pronto algo ocurrió, que le hizo olvidar su miedo.

Piedras, árboles y matorrales comenzaron a bailar, y allá, donde se extendía la noche con su cielo azulado, iluminando las gigantescas enramadas, había zumbidos y sonidos ensordecedores.

Ahora parecían acercarse más y más las estrellas, y al mirar al gigante de piedra, sentía que éste inclinaba la cabeza.

Y entonces comenzaron a alargarse sus pies; crecían y crecían cada vez más. Por un momento su mano brilló en luz verde-azulada; luego era su pie, que, como el sol, bañado en oro, se escurría sobre los bosques. Y ahora sintió un golpe en su estómago. Se desplomó, y cayó más y más. Trató de asirse en una rama.

Un ruido de truenos y astillas estremeció el aire como si se hubiesen tumbado miles de árboles. Quiso gritar, pero sus labios no formaron palabras.

"¡Ji" se oyó y sus ojos miraron fascinados hacia arriba. *¿No había salido de su boca una bola de plumas doradas que ahora se elevaba del suelo y volaba por una puerta dorada?*

Pero, en este momento, lo derribó un duro golpe al suelo. Su **cabeza** aullaba con mil voces.

"¡Cierra la boca! ¡Que quiere salir la Serpiente Emplumada!"

Demasiado tarde; ya se asomaba entre sus dientes una **cabeza** roja como el fuego que salió deslizándose entre ahogos y vómitos y se retorció en el suelo y se arrastró hacia arriba por el muro de piedra.

Allí se instaló, entre su alborotado plumaje y miró muy adentro del cielo.

- "Ya no tengo miedo", se dijo Pelonegro.

Se levantó y se acercó a la Serpiente Emplumada.

- "¿Quién eres?" preguntó.

- "El tiempo", le respondió ella.

- "¿Y dónde estoy?" indagó de nuevo.

- "En el mundo de los pensamientos".

- "¿De modo que para mí ya no hay un mañana?"

- "No".

- "¿Y tampoco un ayer?"

La serpiente no contestó más. Abrió sus fauces y adentro se vio al viejo mago. Tenía el color verdemar de una lagartija y sus ojos eran más negros que la noche.

- "Pelonegro", dijo,

-*Te dije que las respuestas vendrán a su debido tiempo. Recuerda que tus preguntas son como el viento. Todo se aleja de ti. ¡Deja que llegue a ti!*"

La **cabeza** desapareció y la Serpiente Emplumada cerró sus fauces.

-*Dime, Serpiente Emplumada*", imploró Pelonegro,

-*¿Cómo llego al reino de los pensamientos, donde ya no hay más preguntas?*"

-*Espera que caiga la primera lluvia, aquella que sube del Mar de los Diamantes*", respondió ella.

¡Lluvia!" susurró Pelonegro

-*¡Ven, lluvia del Mar de los Diamantes!*"

El cielo azul se ocultó y rebaños de nubes aparecieron en todos colores. Despedían una pálida luz verde y luego las orillas se volvían rosadas, como que si un pintor los hubiera delineado con un fino pincel.

-*¡Ting!*" se oyó, y una gota cayó sobre su espalda.

-*¡Tang!*" se oyó luego y ahora cayó sobre su mano.

-*¿Dónde estás Tang?*" inquirió Pelonegro, buscando en vano la última gota sobre su mano.

-*Aquí*", sonó una voz diminuta.

Pelonegro se arrodilló y comenzó a buscar en el suelo la gota del Mar de los Diamantes. Pero en lugar de la gota yacían esparcidas sobre las piedras las más preciosas prendas, joyas hechas de oro y piedras preciosas. *¡Cuán rápidamente se olvidó de la pobre gota de lluvia!*

-*Esa joya, esa es la que quiero*", demandó Pelonegro y ya su mano se extendía. Pero era como si los deseos se anticiparan a todo pensamiento, pues mientras todavía meditaba cómo ataviarse con ellas, las alhajas ya se habían prendido de su cuerpo. No eran piedras corrientes. Despedían colores de matices misteriosos, brillaban como mil soles; desaparecían para volver con nuevos fulgores.

-*Si pudiera verme mi padre, o mi madre, o, quizás el viejo curandero. ¡Cómo se asombrarían!*"

-*Pelonegro*", sonó una voz desde fauces de la Serpiente Emplumada

-*¿Has venido aquí para solo adornarte?*

¿No hay nada más importante que buscar riquezas?"

¿Qué debo hacer, Gran Serpiente?" preguntó Pelonegro

¡No olvides la gota de agua!" le recordó la voz.

Su mirada se entristeció.

-*¿Pero qué era eso?*"

-*"¿Sería acaso la gota?"*

-*"¿Cómo olvidado?"*

Resplandecía y brillaba tan maravillosamente como pudo haberla las piedras preciosas; una lumbre misteriosa yacía en ella como en un taller mágico.

De pronto, la gota comenzó a crecer y crecer, hasta doblar la estatura de Pelonegro.

-*"Aquí estoy"*, dijo, se elevó como pluma de colibrí y cayó justo encima de Pelonegro.

Ahora sabía que se encontraba dentro de la gota de lluvia, la cual se elevaba lentamente.

Debajo de él, el mundo se hacía cada vez más pequeño.

Ya los bosques semejaban minúsculas manchas de color en una alfombra y el río allende el bosque no era más que una delicada cadena de plata.

No volaba solo; de todas direcciones ascendían diminutas gotas.

Todo el cielo estaba lleno, y por todas partes resonaba una música extraña, tomaba fuerza y luego se extinguía misteriosamente.

¡En la profundidad, bajo sus pies, relucía el mar el Mar de los Diamantes! Brillaba, y en cada gota se reflejaba el universo; a veces la luna, en otras una lejana estrella y luego el sol, que hundía sus innumerables brazos de oro en y las aguas y paseaba las gotas como si fueran burbujas de espuma.

-*"Continuad vuestro rumbo"*, los provocaba.

-*"¡Volveremos!"* exclamaban ellas volaban lejos, cielo adentro.

Acudiendo de todas partes, chocaron unas contra otras y produjeron un sonido tan maravilloso, como Pelonegro jamás lo percibiera.

La nube ya estaba lista. Voló sobre la tierra y se acercó a una alta montaña.

Como por obra de orden secreta, miles de gotas empezaron a caer.

Pelonegro dio una voltereta y emprendió una caída vertiginosa hacia la tierra, cayó con tal fuerza que reviró y luego, casi inconscientemente, se desparramó con la gota de agua.

En este momento tembló el agua.

Asustadas las gotas, saltaron hacia arriba.

También Pelonegro quiso huir - pero ya era muy tarde.

Algo lo agarró y lo jaló hacia la tierra.

-*"¿Cómo has penetrado aquí?"* tronó una voz.

Un dedo gigante, tan grande como el camino de su aldea, apuntaba hacia él.

Pelonegro no se atrevió a moverse. Estaba sentado como prisionero en su gota de agua.

Un guardia, ataviado en plumas multicolores, lo sostenía entre sus manos como una bola de cristal.

-*"Te pregunté"*, tronó la voz de nuevo,

-*"¿Cómo te has introducido aquí?"*

Pelonegro saltó de su gota y quiso escapar por una grieta en el suelo, pero - rápido como un relámpago la mano gigante lo cogió al vuelo.

"¡Eh, tú!" tronó la voz - "¡con que querías escaparte!"

Con estas palabras, el gigante lo tomó por el puño y lo llevó a la aterradora cercanía de su boca, llena de dientes agudos.

"Bueno", dijo el coloso, "ahora dime, al fin, ... ¿cómo has llegado hasta aquí?"

Pelonegro apenas podía decir palabra, así lo había paralizado el miedo.

"Quiero ir al Reino del Mescal", contestó con más confianza.

"Ajá, de modo que tú quieres ir al Reino del Mescal", respondió riéndose el gigante y continuó en tono más amistoso.

"¿Pero sabes que no carece de peligros? Yo soy uno de los muchos guardianes que deben impedirte el paso. Los caminos conducen a través del Reino de los Pensamientos. Allá encontrarás todo lo que los hombres jamás han ideado".

"¿Recuerdas las alhajas que te envié? También mis sirvientes te pondrán trampas, tratarán de seducirte. Solamente si te es posible escapar a su astucia, te será abierta la puerta al Reino del Mescal".

Cuando el gigante terminó de hablar, Pelonegro se encontró de nuevo solo. Delante de él partían cuatro caminos hacia los cuatro puntos cardinales, y de cada uno de ellos se oía una voz:

"¡Aquí, aquí, Pelonegro!"

"¡Debes irte por aquí!"

"¡Aquí debes caminar, Pelonegro!"

Esto lo confundió totalmente.

Finalmente, oyó pasos y un hombre apareció ante él.

"Ven", le dijo, "te llevaré conmigo. Yo corro tres mil millas en un segundo. Nadie te verá cuando partamos de aquí; y aquí" abriendo su bolsillo - "aquí podrás descansar."

"Gracias". contestó Pelonegro, "pero quiero seguir solo".

El hombre se rió:

"¿Quieres proseguir solo? Dime, hombrecillo, ... ¿cuándo quieres llegar a tu destino? ¿En tres mil años? ¿o quieres caminar eternamente, tú, con tus piernitas de hormiga?"

Rió, golpeándose el vientre, tanto le divertía la determinación de Pelonegro.

Después de un rato, Pelonegro llegó a la orilla de un río. Un viejo pescador parecía haberlo esperado.

"¿Querrás pasar el río?" le preguntó de reojo.

-*"¡Sube! Te llevaré al otro lado"*.

-*"¡No le contestes!"* le advirtió el **corazón**, y Pelonegro siguió su camino.

-*"Nadaré al otro lado"*, meditó Pelonegro.

Pero apenas había metido un pie en el agua, esta comenzó a burbujear y a hervir. Reptiles horribles sacaban sus cabezas y gigantes serpientes marinas silbaban llenos de amenazas.

Horrorizado, Pelonegro huyó del lugar y se dejó caer cansado y desesperado sobre una piedra.

-*"Pelonegro"*, susurró una voz amiga.

Escuchó, pero no vio a nadie.

-*"Pelonegro"*, se oyó de nuevo.

-*"¿Dónde estás?"* preguntó.

-*"Aquí debajo de tu pie"*.

Cuidadosamente levantó el pie y salió una pequeña hormiga.

-*"Te deseo una era muy feliz"*, fue su saludo.

-*"¿Eh, eres tú?"*, respondió Pelonegro decepcionado.

-*"¿Si, y qué?"* repuso la hormiguita.

-*"¿Crees que porque soy tan pequeña te podré ayudar menos?"*

-*"¡Puedes confiar en ella!"* le animó su **corazón**.

-*"¡Ponte a cubierta, pronto!"* le aconsejó la hormiga, *"ya que los reptiles y las serpientes gigantes vendrán a solearse en la playa caliente. Cuando oscurezca, espérame en la cima de la palmera"*.

Entonces ya oyó que los animales gigantes resoplaban y mugían.

Corrió tan rápido como pudo hacia la palmera y se subió.

Un reptil tras otro salió del agua, yéndose a tender bajo el árbol.

-*"Uh - eeh"*, bostezaban con sus fauces inmensas.

Las serpientes marinas silbaban furiosamente y miles de ojos bravos miraban hacia arriba, donde Pelonegro, acongojado, estaba sentado.

No osaba a moverse y el tiempo transcurría tan lentamente, que comenzó a desesperarse.

Al ponerse el sol, oyó el batir de unas alas muy grandes.

-*"Soy yo"* dijo un pájaro, con la voz de la hormiga.

Sin miedo, Pelonegro se montó sobre su lomo y se sujetó de las plumas. Alto, cada vez más alto, el pájaro describió sus círculos. Ahora sobrevolaba el río ancho, sobre montañas y valles, hasta que el viento dejó de cantar.

-*"Ahora hemos llegado"*, se alegró el pájaro.

Pelonegro se deslizó de su dorso, y el pájaro dijo:

-*"¡Sigue siempre este camino! ¡Es un camino difícil, pero conducirá a tu destino!"*

-*"Te doy mis gracias, hermano"*, quiso decir Pelonegro, pero el enorme pájaro ya había emprendido vuelo.

El camino conducía por un país que parecía un mar de nubes, lleno de extrañas luces. En el centro del paisaje había una fuente la cual brillaba con todos los colores del arco-iris.

Comenzó a temblar. Pero, ... *¿no se alzaban finas figuras de nieblas?*

Un rostro muy pálido se vislumbró, y luego una mano se alzó con gesto cansado, como queriendo danzar.

-*"¿A dónde queréis ir?"* preguntó Pelonegro cuando se acercaron las figuras que salían flotando de la fuente, dispersándose silenciosamente. Y todo permaneció en silencio.

De una nube despuntaron unos cuernos con ornamentos de oro y Pelonegro vio y una vaca que con sus ojos oscuros lo miraba con suma tristeza.

Desde la cordillera cercana se acercaba una figura, una gorra dorada le cubría la **cabeza** y finísimas alhajas le adornaban brazos y piernas.

Se montó sobre el lomo de la vaca y empezó a tocar una flauta travesera:

- *"Todo nace, todo muere, Eterno venir, eterno partir, que el viento se lleva"*, así cantaba la flauta.

Al poco rato, Pelonegro divisó otros animales: pequeños tapires y pájaros extraños y que veía por primera vez. También un caballo reposaba sobre las nubes de ensueño y consentía que Pelonegro le acariciara el cuello.

-*¡Clin!* sonó a sus espaldas, y luego

-*¡Clan!*

Un hombre jugaba con monedas de oro. Estas se alzaban como si fueran plumas y revoloteaban alrededor de él, volvían a caer al suelo, cambiaban de color y cada vez emitían un sonido claro y argentino cuando tropezaban una contra otra.

-*"¿Qué haces con el oro?"* preguntó asombrado Pelonegro.

-*"¡Ay!" gimió el hombre, "tengo miedo de perder todo otra vez y por tal, mi vida no es más que preocupación"*.

-*"Yo sé de una salida"*. lo animó Pelonegro.

-*"Allá, detrás de las montañas, se puede olvidar todo"*.

-*"¡Dios te guarde!"* gritó el hombre horrorizado.

-*"¿Qué haría yo allí, y qué sucedería con mi oro? No, No me lo robarían los ladrones, o se lo llevaría el viento"*.

-*"Entonces, no puedo ayudarte"*, dijo Pelonegro entristecido y se alejó.

Reanudó su marcha por la vía que conducía a la cordillera. De vez en cuando aparecían seres que, silenciosos, iban por la misma senda.

Un carruaje muy extraño le salió al encuentro: sobre un asno de cien patas iba sentado un hombrecillo con una corona sobre su **cabeza** inmensa; en cambio, sus manos y pies se veían finas y pequeñas. Era como si todo el hombrecillo no consistiera nada más que de **cabeza**.

-*"¡Cuidad vuestras riquezas!"* gritaba el hombrecillo agitando un látigo largo.

-*"¡Acordaos de los ladrones y salteadores, que no hacen más que esperar vuestro profundo sueño; pensad en el mañana!"*

-*"¿Os habéis preparado ya?"*

¿Qué puede suceder mañana?"

-*"Puede ser el fin del mundo, quizás moriréis!"*

-*"¡Mañana podéis enfermaros, languidecer o empobrecer!"*

-*" Muchos emprendieron el viaje de regreso"*.

-*"¿Quién sois?"* indagó Pelonegro asombrado.

-*"¿Yo?"* se rió el hombrecillo.

-*"Soy el Rey de las Penas"*.

-*"¿Y, que hacéis?"*

-*"¿Qué preguntas me haces?"*

Se rió de nuevo y se oyó el chasquido de su látigo.

-*"Vengo en busca de todos aquéllos que no pertenecen al otro lado"*.

En este momento se estremeció la tierra bajo sus pies.

Una enorme manada de búfalos pasaba en galope frenético, seguido de hombres sobre rápidos caballos, con la cabellera al viento.

-*"Ved ..."*, dijo riéndose el Emperador de las Penas, *"... cómo se precipitan, como persiguen sus anhelos, y sin embargo, nunca cazan un sólo búfalo"*.

Detrás venía un jinete con la lanza inclinada.

-*"Ved aquel loco"*, dijo el Emperador de las Penas, e hizo chasquear su látigo.

-*"Se arroja a los brazos del peligro y no lo encuentra. Lo conozco ya desde hace tres eras Cósmicas"*.

¡Y ahora, vete!" le ordenó el Emperador de las Penas a Pelonegro.

-*"Yo retendré aquí el mañana, y también tus preguntas. Si sigues tu camino sin preocuparte por tus deseos, llegarás a saber todo por ti mismo, pero cuidado con despertar tus deseos"*.

Saludó amigablemente con su enorme **cabeza** y luego se pusieron en movimiento las innumerables patas del asno, que se lo llevó al trote. Y todavía de lejos, Pelonegro oía como gritaba:

-*"¡Pensad en vuestro oro, pensad en el mañana ...!"*

El camino se hizo más ancho. Más y más gente lo transitaba, entre otros, también animales, algunos de ellos cabeceando con sus cabelleras grises; pájaros gigantes que sobrepasaban en tamaño todos alrededor de ellos.

De vez en cuando aparecía un enorme elefante moviéndose torpemente entre los peregrinos.

A las gentes las atendían los guardias de las montañas, disfrazados de mercaderes, y esperándolas en las esquinas para ofrecerles alfombras, joyas maravillosas O para brindarles una refrescante bebida en lugares sombreados por baldaquines escarlatas. Un hombre pelirrojo mostraba a los paseantes un cuervo sobre una barra.

-*"Posé el don de la profecía"* anunciaba con voz penetrante, y una muchedumbre se agrupó a su alrededor. Uno quería saber si sería rico pronto; otro preguntó cuánto tiempo duraría su vida; otro por la bendición de hijos y muchas otras cosas más.

Cuanto más se acercaban a las montañas, más densa se hacía la muchedumbre. Los y mercaderes y juglares aumentaban en número hasta que el camino acababa en un espacioso parque donde se alineaba tienda tras tienda.

Algunos de los peregrinos se olvidaron de su meta ya que había allí tantas cosas extrañas y deslumbrantes que y captivaban su vista.

Un hombre con un turbante de verde terciopelo, parado en una tarima, golpeaba incesantemente un tambor.

A su lado, un mono tocaba la trompeta y una cabra con ojos rojos soplaba burbujas de color al aire.

Mucha gente se había aglomerado alrededor de la tienda del fascinador. De nuevo golpeó el cuero del tambor con tanta fuerza, que de un árbol cercano cayeron cuatro pájaros muertos sobre el tambor.

-*"Aquí los pájaros, que yo, el más hábil atrapador del tiempo, he matado sólo con el sonido"*.

El hombre del turbante se inclinó, recogió con las puntas de sus dedos uno de los pajarillos muertos y lo levantó ante la vista de todos.

-*"¡Ved!"* gritó el hombre, "ahora es ...

- *"¡Una serpiente!"* gritó la gente.

-*"¡No, un cuerno de buey!"* dijo el embrujador.

Y en verdad, un cuerno reluciente de buey se arqueaba en la palma de su mano. El pájaro había desaparecido.

-*"Y ahora, ¡todo el mundo, adentro!"* vociferó, mostrando con su bastón hacia un hoyo en el cortinaje de color turquí.

-*"¡No cuesta más que el pestañar de una mirada!"* La gente se abalanzó para adentro. Al fondo de la tienda no había salida y Pelonegro no vio a nadie que lo abandonara.

-*"¡Qué extraño! pensó, levantando un poco un lado de la tienda.*

Bruscamente, una mano lo cogió por detrás.

-*"¿Qué pasa?"* gritó Pelonegro poniendo resistencia, pero la mano le tenía asido tan firmemente como una tenaza de cangrejo.

-*"¡Por fin te agarré!"* exclamó con triunfo el hombre del turbante.

-*"¡Déjame seguir!"* gritó Pelonegro.

Pero el fascinador lo colocó sobre un almohadón bordado en seda.

-*"Bien",* dijo

-*"¡Y ahora contesta a mis preguntas!"* - Se sentó frente a él le dijo:

-*"Según el número de los números, ¿no has formado el número de números o no?"*

Pelonegro no supo qué contestar. Lo confundía el no comprender el sentido de la pregunta. Y el hombre del turbante de nuevo plantó su pregunta.

-*"No sé lo que significa",* decía Pelonegro desesperado.

-*"¡Ah!"* continuó el hombre.

-*"¡Con qué no sabes lo que significa! Repito: según el número de los números, ¿no has formado el número de números, o no?"*

Y como Pelonegro siguiera sin responder, los ojos del hombre brillaron de modo maligno.

De repente, la luz se extinguió y Pelonegro se vio solo, frente a frente de aquellos ojos brillantes y siniestros. Ya crecían descomunadamente, ya se empequeñecían, y con cada cambio, Pelonegro oía la misma pregunta:

-*"Así como el número de los números, ¿no has hecho tú el número de los números, no es así?"*

En ese instante se distinguió una voz conocida tras de sí:

-*"Vengo, pues, a ayudarte por última vez. Hay tres maneras de embrujo: el deslumbrante esplendor, el despertar de deseos en el Mercado de los Ensueños, y el atemorizar con palabras baladís y vacías"*.

Al oír esto, Pelonegro dio un suspiro de alivio y su **corazón** saltó de alegría y lo hizo reír. Los ojos terribles se apagaron, volvió la claridad y el mago se esfumó. Y entonces, los árboles se adelantaron Pelonegro, como queriendo enseñarle el camino que conduce al Reino del Mescal.

En una colina se detuvieron, y cuando Pelonegro pasó ante ellos, inclinaron sus enmarañadas copas hasta el suelo, murmurando:

-*"Bienvenido seas!"*

La oscuridad cedió, dando paso a una luz clara y diáfana que se difundía sobre todo el amplio paisaje. Pelonegro dejó escapar un grito de sorpresa. Cúpula tras cúpula se extendían ante él; edificios surgían de tan infinita belleza, que tuvo que cerrar los ojos ante tanto deslumbrar. De las ventanas de las torres y palacios se esparcía una luz tan misteriosa en un juego de lumbre y colores, como si se hubiesen unido cielo e infierno. Apenas se erguía un palacio en plena maravilla, cuando ya surgía a su lado el próximo. Era como un ir y venir de las olas que acarician la playa; - un incesante crear y engendrar, que, comparándolo con toda la fantasía del mundo, esta no era más que una burbuja de agua.

Ante las puertas de la ciudad se habían encontrado peregrinos de muchos países desconocidos. Se veían seres semidesnudos, cubiertos nada más que con taparrabos, y sus cabelleras eran largas hasta el suelo. Estaban sentados con las piernas cruzadas, silenciosos y humildes, en las esquinas de las calles que aquí terminaban ante los portones. Algunos vestían de un amarillo intenso, otros con túnicas anaranjadas y sostenían debajo del brazo un plato de barro; pero había también de aquéllos con turbantes de colores, como los había visto Pelonegro en el Mercado; y junto a ellos, figuras embozadas con capuchones negros y marrón. Aquí estaba un campesino con un sombrero de paja muy ancho; cubrían su rostro innumerables arrugas. Un arriero conversaba en tono bajo con un hombre de túnica amarilla.

En ese momento se abría el portal. Una luz, más fuerte que el rayo, se volcó para afuera y todos los colores de los que estaban esperando palidieron. Ya nada los distinguía, si era hombre o mujer, si éste tenía un vestido amarillo o aquél la tierna juventud. Ni empujones, ni golpes como en el Mercado de los Ensueños. Uno tras uno cruzaba el portal. Nadie profería una palabra. Algunos mantenían los ojos cerrados, otros se tambaleaban deslumbrados por el esplendor nunca visto. Y adelante, marchaba un hombre que iba por las calles, sin siquiera percibir toda aquella magnificencia, como uno que conoce perfectamente su destino. Pelonegro lo siguió con ojos asombrados, y oyó que alguien susurraba:

-*"Aquél conoce la senda al destino sin destino!"*

Una ráfaga de viento sacó a Pelonegro a de sus sueños. Miró hacia arriba y le apareció una nube de muchos colores: "La Nube de los Malos Pensamientos". De cada color asomaba un rostro iracundo, desfigurado por la cólera. Al agruparse los caminantes en gran número alrededor de un palacio, salieron puños cerrados, como en señal de amenaza, desde

las nubes. Ahora se abrieron sus bocas y disparados por agudas lenguas se dispersaban flecha tras flecha en forma mortal sobre los peregrinos. Pero, en el preciso instante en que las flechas zumbaban alrededor de ellos, salió del palacio una figura, que atemorizaba la vista con sus cientos de brazos y piernas.

Pisoteaban el suelo, y se formaba un ruido como que si todos los tambores del mundo estuviesen redoblados por diligentes manos.

Y luego cantaron:

-"Odio sobre odio - mal sobre mal. Yo soy el danzarín de la Ley, cumplo el devenir de todas cosas, que cada uno se enfrente con sus hechos."

Él inició una danza arrojando los mil brazos hacia arriba y cogiendo una por una las flechas, que ya parecía un juego donde ninguna de ellas escapaba al terrible danzarín. Los rostros de las nubes, en tanto, emitieron un alarido que retumbó como un trueno, al ver que sus dardos mortales desaparecían en la aljaba del danzarín. La figura suspendió su danza y con sus mil brazos armó mil arcos, una flecha en cada uno. Se produjo un silencio funesto. Sus músculos se pusieron tensos - y con un chasquido - las flechas partieron en persecución de los rostros de las nubes, que huían despavoridos.

-"¡Dio en el blanco!" Un alarido horrendo, como de mil bocas, se repercutió en las nubes. Pero no satisfecho con esto, el despiadado danzarín apuntaba de nuevo, una y otra vez, hasta agotar todas las flechas de su aljaba.

Al otro lado del muro, los rostros caían de las nubes. Se precipitaban rugiendo y con ojos encendidos por la ira, haciendo vanos esfuerzos segura. El terrible danzarín por escapar a la pena desapareció en la oscuridad del templo.

Ante el templo, Pelonegro vio a un hombre sentado bajo un árbol en flor. Su vestimenta eran harapos. Absorto se entregaba al canto de los grillos; una flor cayó en sus piernas.

¡Con qué cuidado la cogió para alzarla luego, embelesado, a la luz de la luna!

Pensativo, envió su mirada al mar, y sus pensamientos se dirigieron hacia los lugares donde viven los miles de hombres.

-"¡Oh, ¡cómo contaros de mi felicidad!" murmuraba *"¡de la noche en que los grillos me dieron su canto y el árbol su brote más bello! ¡Que riqueza la mía, y qué pocas veces encuentro a mendigos a quienes pudiera obsequiar!"*

Un sendero conducía a través de un templo, en el cual había músicos tocando conchas marinas, y muchas manos golpeaban persistentemente sobre tambores y grandes y pequeños. Se encendió una luz difusa, pero suficientemente clara como para dar sombra, y de una puerta lateral del templo apareció una grácil bailarina adornada con plumas multicolores.

Ningún ojo hubiera podido contar sus brazos y piernas. Las manos, siempre en danza, penetraron en la tierra, formaron una figura que encumbró con una terrible cabeza de dragón.

Apenas terminada la obra, la bailarina inició una danza en torno a la figura. A veces, le pasaba la mano por la horrible cara del dragón, en otras le hacía señas, o bien saltaba de un brinco sobre su cuerpo de barro.

-“¡Ven, acércate!” - decían las manos seductoras.

El monstruo se irguió en toda su grandeza.

Pesados y funestos redoblaban los tambores.

Empezó a acorrallar a la danzarina, pero ella se escurría hábilmente a cada uno de sus pasos. Sus manos se extendían como rechazando la terrible aparición. Luego, con gesto cautivador, repetían:

-“¡Ven! ¡Acércate!”

El monstruo se arrojó hacia adelante, con las fauces bien abiertas. Vigilaba cada paso de la bailarina, buscando un punto débil en que clavar sus garras.

Enseñó sus colmillos dejando escapar un gruñido.

En su pena, Pelonegro levantó la mirada a la cúpula iluminada del templo.

Sobre una rama de perfumadas flores de cerezo, cantaba el pájaro quetzal con tan hondo sentimiento, que Pelonegro olvidó todo: la bailarina, el monstruo y el miedo aterrador.

Y el pájaro cantaba:

-“*Quién obra sin pensar en sí, no hay garra que lo vencerá.*”

Aclareció más y más, y de pronto, Pelonegro se encontró caminando por la vía de antes, ancha y pintoresca, como si nada hubiera sucedido.

Eran ahora pocas gentes que se le encaminaban. Pero una vez le salió una procesión de suntuosos elefantes. Delante de ellos cabalgaban jinetes en fogosos corceles, y desde los lomos de los elefantes lo saludaban amigablemente extraños. El camino seguía por jardines donde se unía flor a flor. El prado parecía una alfombra que nadie se atrevía pisar. El césped no crecía como suele crecer, sino que se arqueaba en suaves ondas, simbolizando enigmáticas escrituras. Susurraba entre hierbas y arbustos, y la rama de un árbol saludaba:

-“¡Es él! - ¡Aquí viene! - ¡Psst!

Y donde quiera que pasaba se acallaban los murmuradores secretos.

Delante de él se extendían aguas en las que nadaban aves de plumajes plateados. Bien al fondo de ellas, peces inmóviles irisaban el agua con el esplendor de sus escamas. Un cisne pasó volando con las alas desplegadas. Inclinando la **cabeza** fijó su mirada en el agua.

Una isla se alzaba en el centro de la laguna, sobre la cual había mucha gente que contemplaba al pájaro. Les volvió la **cabeza**, y mirándolos, entonó una triste canción:

-“*Es la isla de los poetas*”. dijo un peregrino, “*ellos veneran al cisne, que en el Lago de las Tristezas canta las más bellas canciones*”.

Pelonegro escuchó aún mucho tiempo la queja del pájaro hasta llegar delante de un muro alto. En vano buscó una entrada, una puerta, una ventana.

-“*Trataré de escalarla*”. pensó.

Como si el muro hubiese adivinado su pensamiento, comenzó a crecer hasta el infinito. Oyó un ruido suave a sus pies: eran pequeños guijarros que acudían de todas partes y se disponían en cierto orden.

Dos piedrecitas saltaron al mismo tiempo dentro de un círculo, otros se arreglaban a la izquierda, y la misma cantidad a la derecha, hasta que se hizo visible una figura, que se incorporó, creció y se levantó más y más.

-*"¿Quieres ir al Palacio de las Mil Puertas?"* inquirió.

-*"Si"*, dijo Pelonegro.

-*"Los deseos te vedan el paso"*. Contestó la aparición, se achicó y ya se desprendían las piedrecitas, alejándose brincando.

Ahora ya no le prestó Pelonegro atención al muro, sin deseos, caminaba feliz por un trecho de camino, y luego cruzó un portal que lucía los siete colores del arco-iris.

Allí, delante de él, estaba el Palacio del Mescal, el Palacio de las Mil Puertas. Por aquí conducía un pasillo a una puerta, por allá una escalera de oro reluciente a otra meta. No era sólo un palacio, eran mil y más, y majestuosamente se erguían arcos altísimos ante cada obra maravillosa.

-*"¡Ven, anda por mi senda!"* susurraba el camino dorado.

-*"¡Tienes que subir por esta escalera!"* - llamaba de otro lado.

-*"¡Abre esta puerta!"* recomendaba desde las cúpulas.

Eran miles de voces, y cuantos más caminos secretos, escaleras y bóvedas y misteriosas descubría, mayor era la insistencia con que de todas partes llamaban, murmuraban y aconsejaban.

Ya era como el canto de un coro, luego como una tempestad amenazante. Se sintió desconcertado y sus dudas volvieron a despertar.

-*"Ay, si pudiera regresar"*.

Donde quiera que mirase, no veía más que cúpulas y cúpulas, palacios y palacios, puertas y puertas. Ya lo llamaba la cabeza en una dirección, ya el **corazón** en otra.

-*"¡Ábreme, pues solo este es el lugar señalado!"* Ahora hasta la **cabeza** calló y el **corazón** palpitaba tan fuertemente que no acertó a contestar.

-*"¡Pelonegro!"* susurró una máscara horrible,

-*"¿Dónde has estado tanto tiempo?"*

Se detuvo y al instante la horrible aparición se desvaneció.

Los ojos se convirtieron en dos caracoles, la nariz era un pájaro y la boca un pez rojo, el mentón una serpiente y las manos estrellas del mar que nadaban.

Sobre la **cabeza** se entronaba una tortuga.

-*"¡Es ésta la puerta que buscas!"* exclamaron juntos **cabeza** y **corazón**.

La puerta se abrió de golpe y hubo tal resplandor, que Pelonegro tuvo que cerrar los ojos.

Ante él apareció una imagen de colores incandescentes. Pelonegro se arrojó al suelo y no se atrevió a levantar la cabeza.

-*"¡Pelonegro!"* - retumbó de las profundidades de su horrible boca,

-*"¿Qué quieres?"*

Pelonegro se sintió incapacitado de contestar. Por segunda vez tronó la voz:

-*"Pelonegro, ¿qué quieres? - ¿Por qué me has desafiado, a mí, al Supremo Monarca del Mescal, al Soberano de las Mil Puertas y Portones?"*

-*"¡Contéstale!"* imploró a su **cabeza**.

-*"¡Calma su ira!"* le pedía a su **corazón**.

-*"Puedes cabalgar sobre un rayo de sol ..."*, decía el Soberano, que adivinaba sus pensamientos. *"... durante treinta mil eras Cósmicas a través del mundo de los Dioses, y puedes traspasar, si quieres, por treinta veces un millar de puertas y portones, y sin embargo, nunca llegarás a saber más que yo, pues cuanto más clara la luz, más oscuras las sombras que arroja."*

Después de hablarle así, comenzó a perder su traza aterradora.

-*"¡Cierra los ojos!"* ordenó.

En este instante, le pareció a Pelonegro a que subían volando tan alto y con tal velocidad, que la piel parecía arderle. Luego todo se sumió en silencio.

Se hallaban en una montaña y ante ellos se extendía un extraño paisaje bañado en una luz azulada.

Por ningún lado se veían seres vivos; ni una planta, ni siquiera un pájaro interrumpía la soledad del paraje.

-*"¿Dónde estamos?"* preguntó.

-*"Sobre otra estrella"*, repuso el Soberano del Mescal.

Pelonegro aún se hallaba absorto en sus contemplaciones, cuando ya proseguía el viaje. En esto, se despertó su curiosidad y abrió un poquito los ojos. Pero le dieron vértigos: colores y manchas luminosas pasaban ante él con rapidez vertiginosa. Ya sentía que todo estaba sumergido en un violeta tétrico, y luego se transformaba en un rojo púrpura suave.

Y de nuevo volvió el silencio.

Un extraño mundo de charcos y cráteres se extendía ante él; aquí y allá se esparcía un verde tenue. Gigantescas nubes de vapor brotaban de hoyos profundos hacia el cielo, y llovía como en la tierra, y seguía el viaje.

-*"Si tuvieses todavía la Víbora del Tiempo en ti ..."*, dijo el monarca al encontrarse otra vez en una cima, *"... tendrías que morir y renacer tantas veces como gotas tienen todos los mares del mundo, tanto tiempo tardaría hasta que pudieses estar junto a mí en esta estrella."*

Ahora traspasaron gases ardientes.

-*"Creo que ... el miedo me está venciendo!"* gritó Pelonegro.

Y Mescal lo acomodó sobre su brazo y lo cubrió con su mano.

Se oyó un chasquido, un trueno llenó el ambiente, y tonos altos, sordos y bajos se alzaron uniéndose en un sólo coro.

Un rayo de luz atravesó los párpados de Pelonegro, a pesar de que le cubría la **cabeza** la mano del Mescal en gesto protector; pero irradiaba con tanta fuerza que parecía incendiar todo el firmamento.

Todos los colores se habían fusionado y cuanto más se aproximaba el fulgor, más se apoderaba de Pelonegro un hondo estremecimiento.

Los tonos se elevaron altísimos, finalizando en una clara campanada y le pareció que en el cielo se dibujaba, cual fino velo, la silueta de la bailarina.

-*"¡La Madre Vida está por doquiera!"* dijo el monarca.

Atraía, como lo había hecho antaño en el templo, con mano delicada la oscura e incomprensible nada, y de la oscuridad respondía un largo trueno que se arrastraba como si estallaran todas las tempestades del universo.

-*"¡Y ahora oyes hablar a los astros del Universo!"* susurró Mescal.

-*"¡No!"* exclamó Pelonegro, *"mi **cabeza** es cual vasija que se derrama. ¡Llegemos al destino antes de que me ahogue el miedo!"*

-*"¿Destino?"* se rió Mescal *"aquí no hay destino, ni principio, ni fin. ¡Pero en tu boca aún queda un pedazo de cola de la Serpiente Emplumada del Tiempo!"*

-*"¿Qué debo hacer con este pedazo de cola?"* dijo Pelonegro casi en delirio.

-*"¡Arrójala!"*

"¡Pero es mi lengua!" se opuso Pelonegro.

-*"Precisamente, pues ella forma palabras que no valen nada y sólo causan miedo."*

Cuidadosamente Mescal abrió su mano y a Pelonegro le pareció que estaba sentado sólo en una pequeña isla en medio de un lago hirviente.

-*"¡Ven!"* le atrajo la Madre Vida mientras bailaba.

Pelonegro abrió la boca y la lengua se le desprendió y se alejó como una flecha.

La Madre Vida se le acercó y en sus ojos leyó la pregunta:

"¿Quieres arriesgarte otra vez?" Se colocó detrás de sus espaldas y se fundió con ella en un "Sí".

El frío astro volvió a iluminarse. Rugía y sonaba, llenaba el todo del universo con una sola voluntad, el "Sí" a la danza eterna de la vida.

Y de golpe, Pelonegro comprendió el lenguaje de las estrellas.

Escuchaba sin miedo el rumor del cielo infinito.

Pasó a su lado un polvo irradiante, se aglomeraba y se ponía más y más denso. Aparecieron soles que, con la voz de la Madre Vida, ahuyentaban la muerte abrasadora.

Lo de aquí se perdía y aparecía en otra parte. Una actividad eterna, un tejer continuo. No había preguntas, pues no existían lenguas que formaran palabras.

Lo alto subía aún más alto, y lo bajo ascendía lentamente escalón por escalón.

Pelonegro escuchaba mil cánticos, y cada grano de arena hablaba de eones eternos, del desaparecer y devenir, del morir y nacer, de mundos que existieron y ya hace tiempo se desvanecieron y transformaron en otra vida.

Sin miedo, comenzó a hundirse cada vez más profundamente, hasta que su pie tocó algo suave. Y en ese momento oyó una voz sobre sí:

-¡Pelonegro, pregunta a tu corazón qué tiene que decirte!"

Y el **corazón** le contestó:

*-¡Quiero estar siempre de acuerdo con la **cabeza!**"*

*-Y ahora, ¡pregúntale a tu **cabeza** lo que tiene que decir!"*

Y la **cabeza** le respondió:

*-¡Quiero estar siempre de acuerdo con el **corazón!**"*

Tan pronto como la **cabeza** hubo dicho estas palabras, Pelonegro sintió que una mano lo conducía por un prado.

-¿Eres tú, Supremo Monarca Mescal?"

-¡Si!" contestó aquel, *"y ahora escucha: con todo tu gran saber, será estéril y de poco valor, si no hay compasión y bondad en tu **cabeza**".*

Pelonegro se encontró solo.

Vio el muro del palacio ante sí y lo atravesó. Recorrió rápidamente la alameda de árboles y se encontró repentinamente en medio del bullicio del Mercado de los Ensueños. Pero su **corazón** no se dejó engañar. Todo lo multicolor pasó ante él.

En un lugar donde rugía el mar, comenzó a descender, más y más profundo, hasta que lo atrapó una ola y lo llevó consigo bien afuera.

Poco después flotaba, llevado por el sol, sobre tierras sedientas. No prestaba su oído, como antes, a los múltiples murmullos, y se dejó caer sin vacilar, al abrirse las montañas de nubes.

-¡Tash!" se oyó y ya aterrizaba sobre una hoja, deslizándose y cayendo justo sobre la **cabeza** de la Serpiente Emplumada en el muro del templo.

Creció y creció, y cuando trató de hablar, la Serpiente Emplumada se arrojó dentro de su boca abierta y no descansó hasta que el extremo de su cola se hubiese transformado nuevamente en la lengua de Pelonegro.

Y Pelonegro se echó a llorar, pues sabía que ahora no podría contar nada de su viaje al allá donde no existe el tiempo. El bosque estaba terriblemente oscuro y por primera vez escuchó de nuevo el quejumbroso rugido del jaguar.

En la maraña silbaba una serpiente y los tapires gruñían en el agua pantanosa. Y le pareció que la cabeza y el corazón decían al unísono:

"Quien obra sin pensar en sí, no hay garra que lo vencerá".

Un lucero diminuto fulguraba través del frondoso techo de hojas.

Pelonegro se irguió y comenzó a bailar, como lo había hecho la Madre Vida, ahuyentando así el miedo.

Luego se sentó, se cruzó de piernas, y sumido en la oscuridad, se hundieron sus ojos en la luz prometedor del cielo.

Se levantó, emprendiendo el regreso a su hogar.

Caminó toda la noche y al amanecer, cuando el sol aquí y allá se filtraba por la densa hojarasca, se oyó cantar al pájaro quetzal:

"¡Ya viene! ¡Un ricamente obsequiado vuelve a nosotros!"

Los tapires lo acompañaron hasta el borde de los campos, apartando las enmarañadas ramas para allanarle así el camino.

En los maizales estaban los campesinos.

"¡Ya viene!" gritaron y se adelantaron.

El padre estaba sentado delante de su choza remendando redes.

La madre hilaba y cantaba como antes.

"¡Aquí estoy de regreso!" dijo Pelonegro.

La alegría fue inmensa, y todos los habitantes de la aldea se agruparon ante la casa del pescador.

"¿Cómo fue?" quiso saber este.

"¿Qué has visto?" preguntó otro.

"¿Hay espíritus?" le acosaba un tercero.

Y pronto eran tantas las voces y preguntas que ya no podían distinguirse.

"Aún no quiero hablar", contestó Pelonegro, *"antes necesito tiempo, para meditar, sobre todo."*

Pelonegro veía danzar en el firmamento a la Madre Vida y escuchaba la música del cielo, cuando se formaban nuevos mundos.

Y luego pudo reconocer las múltiples puertas del Palacio del Mescal, el reflejo de su esplendor en el rocío del alba que cubre los campos matutinos.

Comprendió al que odia y al que mitiga su cólera.

Podía ver dentro de las profundidades de un **corazón** envidioso y hacerle sentir vergüenza.

Y cuando los hombres sentían tristeza y la oscuridad los envolvía, les mostraba el pequeño lucero en lo alto del cielo y les enseñaba la danza de la Madre Vida.

Su fama traspasó las fronteras de su país y muy a menudo peregrinos llegaban hasta la entrada de su choza, que siempre estaba abierta a hombres o animales.

Todos los que tenían un oído abierto y ojos despiertos, les enseñaba la senda hacia las mil puertas del palacio del Supremo Monarca Mescal.

Les mostraba la llave del **corazón**, que consistía en la bondad y la serenidad de la **cabeza**, que ayudaba a encontrar el camino verdadero.

Y aunque no poseía nada, los hombres le llamaban el hombre más rico que jamás hubiesen visto.

Adaptación de la leyenda: Georg Schäfer
Ilustraciones: Nan Cuz

Aportación de la Galería Panajachel,
Lago Atitlán - Guatemala